

# Conmociones Suaves

Ane K.



# Capítulo 1

Apenas cinco semanas de curso y ya estamos de vuelta con lo mismo. Me temo que esta vez nos hemos pasado y es que sí, por mucho que me gustaría decir se han pasado, mi estatismo, mi pasividad y mi cualidad de observadora impenitente me hacen partícipe de ese nos hemos.

La situación: clase de gimnasia, duchas, toda su ropa empapada en los lavabos y rebozada en harina y un móvil grabando la reacción de ella ante la jugarreta. No hay que ser demasiado listo para atar los cabos. Como broma pesada es mala, como broma a secas es nefasta y, finalmente, como muestra de humanidad es menos que cero. Y yo me quedé mirando, quieta, hasta fingí reírme. Hemos estado estudiando ese rollo en psicología y sé que podría escudarme en la puta presión de grupo, pero, francamente, ¿quién es tan gilipollas como para fingir ser un grandísimo hijo de puta y hacer ver que disfruta con ello? Por lo visto, yo misma.

Y si sólo fuera eso... A esa chica, Alex, le han pegado al salir de clase, sólo por ser una jodida friki con su descarada individualidad, sus gustos raros y sus putas camisetas de grupos que nadie conoce, y yo casi he jaleado con el resto mientras le hacían polvo de un modo u otro. He visto como la humillaban unas diez veces y siempre he estado al otro lado, agradecida de ser del otro lado. Joder... me cago en la puta. Presión de grupo: ojalá pudiera contármelo y crearlo.

Los sucesos posteriores al evento de las duchas, una clase de historia sobre aranceles y alguna guerra o algo así, han estado amenizados por risitas, la gente mirando las pantallas del móvil y lanzando notas al pupitre de Alex, notitas que ella indefectiblemente arrugaba con toda la parsimonia del mundo sin mirarlos, como haciendo ver que está por encima. Creo que, de hecho, lo está. Tiene estilo. Pero por muy estoica y fuerte que sea, lo he visto, en su mirada, y no estaba bien: ¿alguna vez habéis visto la mirada de rabia y pavor de un animal enjaulado? Pues eso pero con mucho cansancio y un desarraigo doliente que batiría récords si hubiera competiciones de categorías emocionales, las mismas en las que yo sería una estrella en la categoría de inconmovible: ique es que me quedo mirando cada puñetera vez, joder! Y ni siquiera recuerdo de dónde viene tanto odio o lo que sea, ¿acaso de su actitud? ¿De su fama de bollera? ¿Del hecho de que aguante regia todo esto y aún sea capaz, a veces, de confrontarnos y dejarnos en evidencia con su puta retórica? Aunque, haga lo que haga, siempre nos reímos más fuerte, así que en el fondo da igual lo que haga o lo que diga. Victoria de grupo: ni siquiera tiene porque ser una victoria real, simplemente es que somos más y hacemos más ruido. Y eso lo sé hasta yo que estoy al otro lado. Porque lo estoy.

Como sea, el caso es que aquel día un no-sé-bien-qué me impulsó a seguirla tras la clase de historia: tal vez un poquito de conciencia, tal vez esa mirada suya de no pertenencia, tal vez el triste hecho de que durante las tres últimas clases del día no tuvo más remedio que llevar sólo su puto abrigo negro tres cuartos, tal vez. Y no tuvo más remedio, creo, porque no es la típica chica que contaría algo así, dejaría que se supiera o aceptaría compasión... quizás ni tan siquiera ayuda.

-¡Eh, Alex! -la llamé.

Ella se giró, mirándome con un recelo brutal y casi como si yo fuera el ser más despreciable y traicionero en la faz de la tierra: sinceramente, casi desandando el camino y me doy media vuelta. La chica resultaba intimidante, pero supongo que nosotros, de alguna manera, le enseñamos a tener que serlo. ¿O no?

-¿Qué coño quieres? -espetó-. ¿Aparte de harina traíais también huevos y se os ha olvidado usarlos?

-No, que... lo siento, tía. Lo siento mucho. Lo que te han hecho hoy, ¿sabes? Y no sólo hoy. Es... eh, es asqueroso. Y que lo siento, y siento...

-¿Qué lo sientes? -bufó-. No me hagas reír, Ana. ¿Qué es esto? ¿Un primer paso para ganarte mi confianza antes del show final? ¿Alquitrán y plumas?

-Lo digo en serio, tía, lo siento y me arrepiento.

-Ah, ya veo... -se acercó a mí, de una forma que, nuevamente, me resultó tan intimidante que casi me echo a llorar ahí mismo-, que a la niña le ha entrado una inyección de moralina de repente... ¿Quieres sentirte un poquito mejor contigo misma? Bueno, Ana, verás, yo no soy tu puto proyecto de crecimiento personal, así que puedes irte a tomar por el culo.

-Lo siento de veras -reiteré, intentando mirarla a los ojos y procurando que ella no evitase los míos. Gran intento, pero en balde.

-Me importa una mierda. Eres una zorra, no puedes venir aquí ahora y con la boquita pequeña decir que lo sientes cuando llevas años...

-¿No puedo intentar arreglarlo...? - corté.

-No conmigo.

-Pero tenemos el puto trabajo de Lengua juntas, no estaría de más que...

-¡Oh, por Dios! ¿Es por eso? ¿Doña perfecta quiere llevarse un poquito bien con la tía a la que humillan para que haga su parte del trabajo? Tú tranquila por eso. Eres gilipollas y una puta hipócrita.

-No es eso... -musité, pero lo cierto es que ni yo misma tenía claro qué decir para excusar lo que, a todas luces, había sonado como un banal oportunismo. Pero, en serio, no se trataba de eso, ni siquiera lo había pensado... Tenéis que creerme.

-La verdad es que tienes muy mala suerte, debemos ser la única puta clase de España en la que no hay un García o un González que separe nuestros apellidos. Ya ves. Putadas de la vida. Nos toca juntas.

Me reí. No pude evitarlo. Y ella me miró con más desprecio aún si cabe.

-Me ha hecho gracia, perdona -expliqué, casi amedrentada.

-¿Y ya te está permitido reírte con la pringada y no de la pringada de clase? ¿No te echarán del grupito? -replicó sarcástica y sin ápice de buen rollo ni distensión.

-Mira, tía, sólo quería disculparme, ¿vale? Soy una jodida cobarde, de verdad, sí, pero jamás he disfrutado viendo nada de lo que te hemos hecho. Lo siento, ¿vale? Me faltan agallas.

-Sois un hatajo de subnormales. Todos -se encogió de hombros.

-¿Cuándo te viene bien quedar para el trabajo? -cambié de tema al sentirme acorralada y contra las cuerdas.

-El miércoles.

-¿Entrenas el resto de días?

-Ah, que ahora te interesa mi vida también. ¿Información para futuras putadas?

-No lo pones fácil, ¿eh?

-Deberías probar a ser yo un día, antes de hablar de ponerlo o no fácil.

-Nos vemos el miércoles después de clase -dije, buscando con desesperación salir de ahí. Puta arisca de los cojones, joder, que en cinco minutos he acumulado más tensión en las tripas que en dieciséis años de vida.

-Vale.

Cuando ella ya se estaba dando la vuelta, dispuesta a bajar las escaleras, se me ocurrió decir:

-O-oye, Alex, que... que hace fuera ahí frío, o sea no, al revés, que hace frío ahí fuera -balbuceé al tiempo que le tendía mi sudadera. Aunque lo cierto es que mereció la pena sólo por ver cómo se relajaban sus facciones y se reía, aunque fuera de mí-. Toma, creo que vives algo lejos y... eso, no cojas una neumonía con ese abrigo de mierda.

-¿Te da miedo que pase eso y ser parte de un... eh, homicidio involuntario? Hasta el miércoles, Ana. Y gracias... por el espanto este -dijo, sosteniendo la puta sudadera.

¡Joder! Tengo una elocuencia que ya quisieran poetas, cómicos y juglares modernos. Juglares modernos digo... Perdón, es que hace poco estudiamos el rollo ese de los Cantares de gesta y el Mester de Clerecía y esas cosas.

Por supuesto, no tardé mucho más en salir pitando de allí. Supongo que no sorprenderá a nadie saber que soy la reina de la no-confrontación, a la vista está, así que lidiar con esa tía, aunque el final haya sido menos tenso, me ha resultado una situación de lo más violenta.

Al salir por la puerta del instituto, me encontré a Cristina rodeada de su habitual séquito. Y digo séquito con total intención y un poco de mala leche. Ella es el centro de gravedad en el pequeño universo de primero de bachillerato, condición que, no obstante, está perdiendo poco a poco y que la está volviendo más cruel e insensible.

-¿Dónde coño estabas, tía? -me espetó así sin más, sin formalidades propias de gente educada ni nada.

-Eh... tenía que hablar con Alex por lo del trabajo de Lengua, ya sabes.

Tres, dos, uno... y todos estallaron en carcajadas: un humor vacío e hiriente. Ni siquiera creo que se tratara de humor. ¿Puede ser la crueldad divertida y graciosa meramente por ser cruel y humillante, sin más? Parece que sí; pero ojalá no, ojalá. Tampoco tengo derecho a hablar ni juzgar esto, no me lo he ganado.

-¿Qué pasa, tía? Estás muy seria -comentó Miriam, rompiendo su ataque de hilaridad antes que los demás.

-Nos estamos pasando con esa chavala. Tenemos que dejarla en paz,

hablo en serio.

–¿A la friki comecoños esa? –preguntó con sorna Cris–. No jodas. ¿Pero tú la ves? El asco que da con sus aires de superioridad y esa...

–¿Qué aires de superioridad? –zanjé–. No es nada de eso, tía, es que tiene que ser así, pero no es superioridad, es... yo qué se. Pero por mucho que te gustase que fuese una chica tímida y fácilmente torturable, pues no, resulta que no lo es. Ella sólo hace lo que puede para no desmoronarse o darnos de hostias.

–¿Oye pero a ti qué te pasa, tía? ¿Qué te ha dado hoy? ¿Te mola la bollera de repente? –inquirió.

–¿Te ha bajado la regla o qué? –añadió Carlos para sumarse a la conversación con su refinadísimo humor de, se entiende, refinera de mierda y acompañando su comentario de unas risitas, claro.

–Puto humor de las cavernas –dijo Miriam, exasperada. Que la chica no adora precisamente al susodicho es un secreto a voces.

–¡Joder! ¡Cavernas! ¡Que no he entregado el comentario crítico de Platón! –exclamó Amaia de pronto, agarrando la mochila y poniendo pies en polvorosa de camino, supuse, a la sala de profesores.

–Bueno, yo me voy a casa –dije tras observar la cómica espantada de Amaia–. Pero, en serio, tenemos que parar, joder. Ni siquiera le hemos dado oportunidad de caernos mal, la hemos crucificado de antemano.

–¡A mi sí que me cae fatal! –aseguró Cristina.

–Pues muy bien, ¿y qué? –repliqué–. ¿Es un puto crimen caerte mal? ¿Eres la puta diosa de la sociedad? ¿No está permitido? ¿Te hace feliz joderla?

–Mira, tía, pírate ya a casa, ¿eh? Y échate una cabezadita a ver si así mañana se te ha recolocado el cerebro –replicó, despectiva.

No dije nada más. Tomé su sugerencia y emprendí camino a casa, pero mientras cruzaba el parque de enfrente al instituto, apenas medio minuto andando desde la puerta del instituto y el encontronazo, Miriam me alcanzó y agarrándome por el hombro dijo:

–Tía... no seas así. Ya sé que tienes razón y que a veces somos unas niñatos crueles y gilipollas y Cris se lleva la puta palma, pero... ya sabes la presión a la que le someten sus padres con el conservatorio, la forma

física, las campañas de publicidad y...

-Me da igual, Miriam. ¿Pasarlo mal te da derecho a hacerlo pasar mal?  
-dije resolutiva.

-Tienes razón. Sólo no seas demasiado dura. Es mi amiga. Sólo me preocupo.

-También es mi amiga. Y no creo que aplaudirla o... Sin más, tía, nos vemos mañana -me despedí, harta

Porque sí, aun en contra de lo que pueda parecer, Cristina es mi amiga, o lo ha sido durante muchos años. Ahora estamos más distanciadas, en parte por su actitud, en parte porque nuestros intereses han ido discurrendo por caminos distintos. Y Miriam, por desgracia, no acaba de salir del radio de control Cristina y de esa visión sesgada que le lleva a minimizar todo lo malo que hace y tiene su amiga.

¿Y qué decir de Alex? Lo cierto es que tiene ingenio la cabrona: que no es mi proyecto de crecimiento personal ha dicho, que si me han dado una inyección de puta moralina... Tiene su gracia la hija puta, una gracia un poco mordaz, pero gracia a fin de cuentas. Es aguda. Y un poco puta también, claro. Tengo que dejar de decir tantos "puta". ¡Fíjate!: al final igual la tía si me sirve como proyecto de crecimiento personal, ¿eh? Dios... espero no estar haciendo esto por el trabajo de lengua, de veras que no, y creo que no, pero, joder, a veces es difícil analizarse a una misma. ¿Seré una puta oportunista? A fin de cuentas... No, mira, ojalá que no.

## Capítulo 2

A saber qué demonios le ha dado a la tía esa ahora, mirándome con esos ojos brillantes de cachorrillo en clase. Por lo menos ha dejado de intentar hablarme como si pudiésemos ser colegas, lo cual es un alivio. Y espero que hoy a la tarde, cuando acabemos el puto trabajo, se olvide de mí para siempre. ¿Sabéis la típica hija de puta que es como un felpudo para los cabecillas de su grupo y le gusta serlo? Pues eso exactamente es la jodida Ana Herrera. La odio, y la odio aún más cuando se levanta del pupitre, enfundada en esos pitillos de tiro alto. Tiene un culo incomparable la muy zorra, y ese pelo castaño largo, y ese cuerpo delgado y enérgico. Creo que si ella no fuera gilipollas me pondría hasta un poco nerviosa su presencia. Es muy guapa, hasta que sabes quien es.

–Alex, ¿me estás escuchando?

–No, perdona Paula. ¿Qué decías? –pregunto.

–Te estaba diciendo que Fer me ha dicho que el sábado hacen una fiesta en la lonja de Iker, y que si quería pasarme y llevar alguna amiga. ¿Qué dices? ¿Te apetece?

–Pues no, sinceramente. Esos tíos parecen majos, pero también estarán todos los gilipollas de mi clase y paso. Tú has tenido suerte porque no te ha tocado todo el cupo de anormales que hay en mi clase. ¿Quién coño me mandaría meterme en el bachiller científico? Si encima llevo química como el culo... –suspiro.

–A mi me apetecía ir.

–Pues ve, Paula, qué quieres que te diga.

–Igual cambian de opinión y te dejan en paz si vas allí con un par de ovarios.

–Ah, ¿así que tengo que ir no porque me apetezca, sino porque tengo que demostrar que estoy por encima de ellos? Y una mierda.

–No quería decir eso, Álex –se defiende–. Pero no está de más. Y, yo que sé, de todos modos vas a ir al viaje de fin de curso el año que viene y van a estar ellos, ¿no? Podrías allanar el terreno o algo así.

–No me da la gana.

–¿No decías que la chica esa ha intentado ser maja contigo? También irá



ella.

–¿Ana? Sólo lo ha hecho para que tengamos un trato cordial mientras hacemos el trabajo de Crimen y Castigo. O a lo mejor se le ha despertado la conciencia con el título del librito de marras, vete a saber –bromeo.

–Oye, a lo mejor es buena tía y sólo le ha costado un poco encontrarse –insiste.

–¿Un poco? –rio sarcástica–. Pero si no se ha perdido ni una sola de las humillaciones que me dedican sus colegas.

–Tú sabrás lo que haces, Alex –se resigna al cabo–. ¿Te pensarás lo de la fiesta al menos?

–No creo, Paula, de verdad que no. Me tengo que ir, ¿vale? Nos vemos mañana.

En casa no paro de consultar el reloj, deseando que Ana llegue aunque sólo sea para terminar con esto cuanto antes, pero no va encima la tía y llega con retraso. Es mi madre quien abre cuando finalmente llega una media hora después de lo que habíamos acordado, y no duda en enseñarle toda la casa hasta llegar a mi habitación:

–Y esta es la habitación de Alex, que tal y como está ahora es un milagro. La ha ordenado porque venías tú: normalmente no tiene este aspecto –joder, a veces odio un poco a mi madre–. Bueno, chicas, yo me voy y os dejo estudiar. ¿Queréis que dentro de un par de horitas os traiga la merienda? ¿Cola cao y galletas?

–Sí, gracias.

–¡No!

La afirmación educada de niña buena es de Ana y la negación de hija malhumorada es mía, por si alguien lo dudaba.

–Bueno, pues luego lo traigo. Alex, cielo, que no vamos a dejar a esta chica sin comer, que está muy flaquita.

–Vale, mamá –cedí, y en cuanto cerró la puerta agregué–. Bueno, ¿qué? ¿Nos ponemos a ello? ¿Has contestado todas las preguntas?

–Sí. La profesora ha dado el mismo cuestionario a todos los grupos independientemente del libro. ¿Has visto la tercera? ¿La de relacionar el

título con la obra? En nuestro caso no parece muy difícil, ¿eh?

–Algo nos tenía que salir bien cuando nos han dado el mayor ladrillazo del curso, supongo. Déjame ver qué has respondido –prácticamente le arranco su hoja de apuntes de las manos–. Me gusta. Pero es muy básico. Creo que podemos rascar algún punto si ponemos chorradas sobre el crimen como algo institucionalizado y todo el proceso moral que atraviesa el personaje o algo así. La morralla psicológica aunque esté mal planteada siempre da puntos.

–¿Tú crees? –inquire.

–Sí, porque no se van a molestar en entenderlo y entonces simplemente asumen que está bien y que el alumno es súper profundo. Confía en mí.

–Vale. Pues dale: haz tu magia de pedante psicológica –dice, pasándome el portátil–. Y echa un vistazo a las dos primeras respuestas, el contexto histórico y la relación con el autor y su obra. Dime si te gustan.

Lo que hacemos básicamente es un trabajo de redacción, casi más una cuestión de forma que de contenido: se trata más de ensamblar nuestras respuestas de forma cohesionada que de cualquier otra cosa. Parece fácil, ¿verdad? Y lo sería si no tuviera que forzar a mi cabeza a dejar de recrearse en la grácil figura de Ana, sus ojos de otoño acaramelado, sus labios pulposos, sus cautivadores gestos y expresiones y, en fin, un poco toda ella. Odio mis putas hormonas.

Mi madre llega con la dichosa merienda justo cuando acabamos de redactar la penúltima respuesta. Para mi sorpresa no se nos está dando mal lo de ponernos de acuerdo y llegar a ideas conjuntas, y la tarde tampoco está siendo el suplicio que me imaginaba. No es del todo imbécil la chica esta.

–Ana, ¿a ti también te gustan las galletas de dinosaurio o prefieres otras?

–Las de dinosaurios están bien, no te preocupes.

–Vale, pues aquí os dejo la bandeja, chicas –posa la bandeja a un lado del escritorio–. ¿Cómo lo lleváis?

–Bien, mama, va bien. Ya casi hemos terminado –estoy tentada de añadir que se lleve la bandeja para que Ana pueda pirarse antes de aquí, pero me callo.

–¿Así que galletas de dinosaurios, eh chica dura? –dice en cuanto mi madre sale por la puerta–. ¿También te van los bizcochos con forma de

osito?

–¿Te divierte?

–Un poco sí, la verdad. ¿Juegas con ellos a qué la taza es un lago o un volcán?

–Tía, eres imbécil. Creo que estas dos horas de literatura rusa te han frito el cerebro.

–A ver, ¿vamos a por la última y luego merendamos tranquilamente? ¿Cuál es la tesis central del libro? Déjame ver qué has puesto –dice, intercambiando nuestros cuadernos–. Vale, tenemos algo parecido. Intento redactarlo y me dices, ¿vale?

Cuando por fin terminamos, ella se recoloca sobre la silla y se estira cuán larga es, arqueando la espalda, y yo intento no mirarle el pecho y más específicamente la forma en la que se le marcan los pezones tras esa tela que debe tener la robustez del papel de fumar, o bien sus pezones la solidez del mármol, o ambas. Zorra, zorra, zorra. Hormonas, yo qué sé, putas hormonas. Me pasa mi taza –como si yo ahora mismo necesitase algo más para entrar en calor– y mi puto paquete de galletas.

–¿Combatimos? Mira, yo tengo un *triceratops*, el tuyo parece más bien un *tiranosaurus* –y sigue la muy idiota–. Venga, no pongas esa cara. Sólo es una broma, Álex, relájate un poquito.

–Estoy perfectamente relajada, es sólo que no me gustas. No me caes bien.

–¿Por qué no? Yo creo que hoy nos ha ido bien. Sólo conoces la peor parte de mí y lo siento, esa ni siquiera soy yo... Soy yo por omisión, no sé.

–Qué bien, me alegro por ti. ¿Esperas un espectáculo de pirotecnia para celebrarlo?

–No, viniendo de ti más bien esperaba que me invitases a ver Parque Jurásico, pero como tú veas.

Admito que esta vez me ha hecho reír a mi pesar. Zorra.

–¿Ves? Te lo pasas bien conmigo. Y vamos a sacar un puto sobresaliente.

–¿Por qué coño te interesa tanto de repente ser mi amiga?

–No lo sé –dice, jugueteando con el lapicero entre sus dedos–. Tampoco sé por qué no me ha interesado antes, Alex. Pero me estás cayendo bien

y no me parece bien lo que te hacen. Es de locos. No tiene sentido.

-Hace tres días no opinabas lo mismo.

-¡Claro que sí! Lo que pasa es que es más fácil desentenderse y seguir la corriente, sin más -se muerde el labio, tensa-. Joder, que lo siento, ¿vale? ¿Qué es lo peor que te puede pasar siendo amable conmigo?

-No creo que pueda ser tu amiga, Ana.

-Vale, bien, no te digo que nos compremos pulseritas a juego de amistad eterna. Sólo te digo que no te esfuerces tanto en ser una borde y caerme mal, ¿vale? ¿Trato hecho?

-Vale, trato hecho.

-Guay -dice, aunque parece confusa, como si se hubiera esperado más reticencias por mi parte-. ¿Puedo fumar?

-Joder... vale. Abre la ventana y que el humo no entre, por favor -le digo, al tiempo que me giro y repaso nuestro trabajo. Nos ha quedado bonito el cabrón, tiene razón: nos merecemos un jodido sobresaliente-. Oye, Ana que... ¿qué haces tía? ¡Así no! -la agarro del brazo y la meto para adentro porque la muy gilipollas estaba prácticamente con medio cuerpo fuera de la ventana y con todo su peso apoyado en una barandilla vieja y floja-. ¿Eres tonta? ¿Quieres matarte? ¿Tú has visto cómo estabas y donde te has apoyado? Que esta barandilla tiene como cincuenta años, idiota.

-Oh, ¿acabas de preocuparte por mí? Qué bonito -dice, llevándose teatralmente la mano al pecho.

-Es que un cadáver que ha caído desde mi ventana no me deja en buen lugar y menos con nuestros antecedentes. Nadie se creería que hay alguien tan tonto como para hacer lo que has hecho -digo.

-Eres divertida, pero me parece que sigues esforzándote en ser borde conmigo -apunta.

-¿Soy divertida?

-Sí, como curiosa y eso. Rara, pero no en un sentido malo. Y también divertida en plan ácido.

-¿Quieres papel y boli para escribirme un poema?

-¿Ves?: divertida.

Estamos un rato más hablando y, para mi inmensa sorpresa, la chica no está del todo mal si consigues olvidarte de quién es. A ratos hasta podría aguantarla. Cuando se va, no sin antes recibir una entusiasta invitación de mi madre para que vuelva cuando quiera, regreso a mi habitación y veo que la muy imbécil me ha escrito en un papel una especie de pareado:

*Mucho dinosaurio y muchas fauces para tan pocos dientes.*

*Y aunque te pese, me caes bien a veces.*

Oh, puta. Esa chica es tonta de remate. Os lo digo yo: fiaros de mí. Y, desde luego, futuro en el campo de la poesía tampoco tiene.

## Capítulo 3

Ah, las fiestas... y el glamour adolescente de las lonjas cochambrosas. Yo nunca he entendido la gracia de alquilar una para enclaustrarse a las tardes, prefiero estar por ahí, pero lo cierto es que en invierno y en pleno diciembre se agradece: litrar en la calle es muy duro. Además los espacios reducidos tienen sus ventajas como que, por ejemplo, una repara más en los detalles. Así que aquí estoy, desentrañando con aire aburrido la esencia del microcosmos de una fiesta adolescente y todos sus clichés –clichés de los que probablemente yo sea parte sin darme cuenta–: tensión sexual encubierta en indiferencia y distancia –a veces una estrategia adoptada por las dos parte, como en el caso de Amaia y Fer–, tensión sexual descubierta y hasta expuesta en comentarios pretendidamente humorísticos –como en el caso de Carlos, que adopta el poco recomendable papel de depredador-comediante con Maika–, miradas delatoras, ocasionales enfados puntuales e incluso, en el rincón más intelectual, una discusión política sobre liberalismo y socialismo que a veces vira hacia el cine y la literatura. Total: una fiesta normal y corriente llena de los especímenes típicos, con las dinámicas esperables y con su buena dosis de diversión, alcohol y alguna que otra sorpresita. Dentro de estas últimas incluyo el momento en el que Alex, junto a Paula y otro chaval de su clase que creo recordar que se llama Adrián, aparecieron por allí.

–¿David no iba a estar aquí? –preguntó el chico nada más llegar, buscando a su alrededor con la mirada.

–Todavía estará ligando por alguno de esos garitos... –dijo Alex.

Sí, puede ser que me quedara un rato mirándola y escuchándola. Estaba muy guapa y de repente nuestro pequeño microcosmos parecía más interesante. Pero, por supuesto, lo que ella hizo fue ignorarme bastante descaradamente, tal y como venía haciendo los últimos días en clase. Genial, tal vez podría señalarle más tarde la incongruencia de evitarme a mí pero, no obstante, presentarse en una fiesta llena de sus... ¿detractores?

–Ha llegado tu amiguita, ¿eh? No le quitas ojo. Ana, ¿no te estarás haciendo bollera? –pinchó Cristina.

–Efectivamente, me estoy haciendo bollera: acabo de empezar un curso por correspondencia –repliqué cansada–. No lées ninguna, anda...

–Estoy aquí tranquilita, no seas dramática –dijo alzando los brazos–. En cualquier caso no deberías juntarte con esa.

–¿Y por qué no? De todos modos es ella quien no se quiere acercar a nosotras, tranquila. Menos aún si estás tú aquí –repliqué mordaz.

–¿Chupito de tequila, chicas? –cortó Miriam, sirviéndonos el alcohol en unos diminutos vasos de plástico y atajando así una nada improbable discusión.

–¡Yooooooo! –gritó Amaia, sumándose a la invitación.

Ah, el rencor... Esa cosa diminuta que se le queda a una pegada en las tripas... Lo cierto es que los últimos días Cristina y yo habíamos tenido una relación un tanto agria, a qué mentir, y Miriam se había hecho eco del asunto, de tal forma que no dejaba de intentar calmar ánimos y esas cosas. Tanto es así que, ya al final de la noche, perdidos en un garito de mala muerte en el que tienen la buena costumbre de no pedir nunca DNI, cuando ya sólo quedábamos los pocos asistentes cuyos padres son un poco más permisivos con la hora, Miriam insistió en salir fuera para hablar de Cristina, quien, para variar, ya se había largado a algún sitio con un chico.

–Tienes que ser un poco más amable con ella, Ana. Porque no está bien –se le quebró la voz y parecía serio así que me ahorre una nueva crítica–. Aparte de toda la presión que le meten sus padres y no solo con lo de su carrera de modelo y eso, no, ¿sabes que si no tiene una media de más de ocho la castigan? En plan durante semanas, Ana. Les da igual lo que haga, a qué hora vuelva, con quién se acueste, siempre y cuando el boletín de notas y la nómina vaya bien. Imagínatelo: el premio por cumplir sus exigencias es desatenderla en todo lo demás y que haga lo que le dé la puta gana. Son muy exigentes con ella, pero también muy distantes: sólo están encima de ella para demandar resultados. Y, no sé si te has fijado, pero últimamente también está muy obsesionada con su peso.

–¿Por qué me cuentas esto, Miriam?

–Para que seas... no sé, un poco más comprensiva, supongo. Dale algo de tregua, tía.

–¿Pero tregua con qué? ¿Me estás pidiendo que me parezca bien que se comporte como una...? –en aquel punto me callé porque Alex, dando bandazos al intentar caminar, había captado mi atención justo antes de que la viera desplomarse de lleno contra un coche–. ¡Joder!

Me levanté y fui corriendo hasta allí esperándome verla desnucada o algo así, pero afortunadamente la cosa no parecía ir más allá de un corte en la mejilla que sangraba profusamente.

–¡Hostia puta, Alex! ¿Estás bien? –ella asintió como adormilada, enfocando a la nada–. Menudo pedo llevas... ¿Se puede saber qué coño

has tomado? –cogí su cara y la ladeé para ver el corte–. Es un poco aparatoso, pero no es nada. Pásame un pañuelo, Miriam. ¡Miriam!

–Toma –me lo tendió tras varios segundos de búsqueda en su bolso. En su otra mano estaba el retrovisor del coche–. Que se lo ha cargado, tía –informó.

–Me importa una mierda el puto retrovisor, ¿quieres ir dentro a buscar a Paula o al tío ese con el que ha venido?

–No están –consiguió decir Alex.

–Sólo quedamos tú, yo, ella que no se donde coño estaba y Amaia con Iker dentro –me dijo Miriam, completando así la información de nuestra situación.

–¿Tus colegas te han dejado así? –espeté estupefacta.

–No, ellos... es que yo no estaba así cuando ellos se... –suspiraba y se adormilaba por momentos–... han ido. Yo es que...

–¿Es que qué?! –Miriam la agarró por los hombros y la zarandeó sin muchos miramientos, aunque en su defensa creo que era preocupación o, quizás, mera impaciencia o miedo a lidiar con una borracha inconsciente. No podría asegurarlo.

–¡Que la desnucas, gilipollas! –la frené, viendo cómo Alex, casi inconsciente, no es que fuera muy capaz de sostener su puta cabeza–. ¡Oye! ¡Eh, tú! Si, eso es, no te duermas que tenemos que llevarte a casa.

–No puedo ir a casa así...

–¿Y entonces cual es el plan, genio? –le pregunté, aunque evidentemente no estaba en condiciones de responderme–. Miriam, ayúdame a levantarla que yo no puedo sola.

A duras penas conseguimos ponerla en pie y hacer que caminara a trompicones y escorándose peligrosamente a los lados. Al cabo de media hora de paseo, aunque más que paseo conseguimos andar unos cien metros en línea recta, la borrachera de Alex parecía ir hasta peor y su plan maestro era dormir un poco en la calle en pleno invierno y ya después irse a casa andando, así, con toda la tranquilidad del mundo. Como un paseo por el parque a media tarde, vaya. Una genialidad vamos. Se negaba rotundamente a ir a casa en ese estado.

–¡Me cago en tu puta madre, Alex! –exclamé un tanto desesperada.



–Ana... ¿y si la llevas a tu casa? ¿Tu padre no estaba de viaje?

–Pero vuelve mañana a la mañana... Oh, joder, vale. No sé ni por qué hago esto, coño, ¿me oyes, Alex? No te lo mereces, que lo sepas.

Y así es como la chavala acabó en mi casa, un poco gracias también a Miriam. Una vez allí le insistí también a Miriam para que se quedase y no volviera a casa sola. Fue ella quien se encargó de mandar un mensaje desde el móvil de Alex a sus padres, haciéndose pasar por ella y contándoles una versión bastante distinta de la real en la que la puta alcohólica esta quedaba mejor parada. Mientras tanto, yo calenté un trozo de lasaña de la cena para la borracha, pero cuando me acerqué a ella volvía a estar más inconsciente que otra cosa.

–Joder... ¡Eh, tú, espabila! –pedí–. Oye, mira, yo empiezo a preocuparme, que esta muy idiotizada, ¿eh? –Miriam se mordía el labio, calibrando la situación pero sin decir nada.

En ese momento Alex abrió la boca para decir algo que sonó a algo así como:

–Egztuá peffetáeeemte.

–¡Mira, habla francés! ¿O es ruso? –bromeó Miriam, y yo le lance una mirada que dejaba claro que no admitía bromas en ese momento–. A lo mejor si se da una ducha...

–No no no no no... –repitió Mimi–. Buá... potagar.

Y efectivamente, tal y como nos anunció, se pasó los veinte minutos siguientes potando. Por fortuna eso pareció despabilarla considerablemente: al salir del baño andaba como un bípedo medio funcional, no tenía los párpados caídos hasta casi tener los ojos cerrados y su dicción se parecía más a su idioma nativo. Se disculpó unas mil veces y me dio las gracias otras tantas.

–No sé qué me ha pasado... Yo estaba con esa chica del bar y... puede que su cubata estuviera demasiado cargado porque me encontré fatal de repente en no más de media hora. Como sea, siento este show, Ana, lo siento mucho. Y Miriam, claro. Y gracias por tomaros tantas molestias: no teníais por qué –dijo, sonando bastante más blanda y amigable que de costumbre. Por supuesto, esto es mi traducción de su lengua ebria y particular, no es que en el momento tuviese una pronunciación tan fabulosa.

–Bueno, vamos a dormir –resolví–. Tú puedes ir al cuarto de mi padre que no hay riesgo de que me lo vomites. Pilla algo de ropa en mi armario –le indiqué a Miriam–. Y tú, monstruo de las galletas, bébete ese vaso de

agua y como algo primero y después te enseñó tus aposento.

Mientras ella cenaba yo saqué la cama supletoria que estaba debajo de la mía y le dejé encima de la cama un pijama de franela a cuadros: pensé que al ser bollera le gustaría más que los demás. Porque algo de verdad tendrán esos estereotipos tan recurridos, ¿no? Es broma. Bueno, a medias: sí que pensé que le gustaría más que, por ejemplo, uno lleno de círculos de colores. Cuando ella vino al cuarto, lo primero que hice fue insistirle en que se sentase sobre la cama para poder limpiarle el corte

–¿Te hago daño? –pregunté, aunque estaba yendo con todo el cuidado del mundo.

–No. Ojalá no deje marca.

–Ya, bueno, no te preocupes por eso ahora–puse un apósito–. Lista. ¿Te encuentras bien?

–Sólo muy mareada –me miró con esos ojos verdes brillantes llenos de asombro y agradecimiento. Por primera vez fui consciente de lo bonitos que eran, quizás porque hasta entonces no había tenido confianza para sostenerle la mirada–. ¿Por qué has sido tan amable esta noche?

–Por nada, porque cuando no hay un motivo es cuando mola ser amable de verdad: ser amable es lo que no debería tener un motivo y no al revés –argumenté–. Si te digo ahora que siento todo lo que te he podido hacer, ¿me lo aceptarías?

–Bueno –sonrió–, me has salvado el culo, así que sí, no me queda otra. Buenas noches, Ana.

–Buenas noches. No me potes la habitación, por favor –supliqué–. Y recuerda no apoyar el lado izquierdo de tu cara en la almohada que es el que tienes mal, ¿eh?

–Buenas noches, Ana, prometo no manchar de sangre ni betadine la almohada.

–No era por eso...

–Lo sé.

–Buenas noches, Álex.

–Me lo has dicho ya dos veces, Ana. Buenas noches.

Cerré los ojos y ya estaba empezando a adormilarme cuando ella dijo:

-Me gustó el pareado que me escribiste en casa, por cierto. No te había dicho nada, pero era tan malo que me gustó.

-Te entiendo: tú eres tan mala que también me gustaste.

-¿Y eso qué significa? -inquirió.

-Buenas noches, va, esta vez de verdad -me escabullí de su pregunta, consciente de que lo mío había sido una forma un tanto extraña de querer darle a entender que me caía bien.

A veces una trata de ser un poco ingeniosa y lo que sucede es una cosa rara y embarazosa, qué queréis que os diga.

## Capítulo 4

Yo podría haberme dormido en aquel banco: una cabezadita y de vuelta a casa. O sea que no es como si le debiera la vida, aunque ella parece creer que sí: tengo una deuda incompensable al parecer según su criterio. Hasta ha desplazado su asiento habitual un par de filas más abajo, quedando justo delante de mí pero un poco más a la izquierda. Y la tía tiene la altura perfecta para que al pasar por entre las filas me ofrezca un primer plano de... en fin, ya sabéis.

Como sea, el caso es que hoy había creído librarme de esa deuda porque en el examen de biología, cuando hemos girado el examen, me he fijado en su cara de horror y en su palidez, así que más por una cuestión de deuda saldada y de que me deje en paz le he pasado una nota que espero le haya arreglado un poco la nota. Como digo, mi idea era saldar una deuda y así quedar en paz y listo, pero no. Por lo visto esta historia no va de deudas saldadas, justicia compensatoria ni esas cosas: la chavala quiere algo más de mí, vete tú a saber qué pueda ser eso. Zorra pesada...

Así que aquí estoy en el baño, bebiendo agua, cuando ella aparece con su mirada y su sonrisa y yo la ignoro. Sin embargo, como mi desinteresada reacción al verla no le parece lo suficientemente buena, lo que hace es palmear el chorro de agua que todavía sale del grifo y mojarme con él.

–¿Qué haces, joder?

–Hacer que me mires para darte las gracias –dice al tiempo que se encarama sobre el extremo del lavabo y se queda ahí sentada mirándome–. ¿Qué te gusta hacer?

–¿Cómo dices?

–Sí, que qué te mola hacer: a las tardes y eso. Podríamos quedar. ¿Te va bien hoy? Puedo invitarte a algo al salir de clase, ¿qué dices?

–No hace falta, ¿eh? Me alegro de haberte ayudado pero ya está.

–No es por eso, idiota, es que me apetece. Aunque también me has salvado del suspenso y te adoro por ello –me dice sonriente–. Venga, vamos al bar ese de aquí al lado. ¿Un sándwich y una coca-cola?

La muy zorra es... guapísima y esas expresiones que tiene son cautivadoras: casi podría hacerme creer que un puto sándwich es el paraíso. ¿Quién quiere un viaje a Punta Cana o algún otro lugar paradisíaco pudiendo tener un viaje de cien metros al bar de la esquina

con Ana? Hormonas, putas hormonas otra vez.

–Bueno, ahora está claro que ya sé que puedes mirarme tiempo seguido, pero estaría muy bien si además pudieses hablarme o contestarme, ¿sabes? –bromea al no obtener respuesta por mi parte.

–Eh... vale –reacciono al fin.

–¿Sí?

–Sí.

–Genial. Vamos a clase, que nos quedan dos minutos para entrar, tía –dice bajándose del extremo del lavabo de un saltito.

Por supuesto me paso las horas siguientes dándole vueltas a por qué he tenido que decir que sí. No lo sé, pero a lo mejor así, tras pasar un poco de tiempo juntas, ya no le quedan más ganas de seguir viéndome, quién sabe; esa es una opción, sí, y me gustaría apostar por ella, pero me jode tener que reconocer que puede que el plan, aunque sólo haya sido durante unos muy ocasionales segundos, me ha apetecido. En cualquier caso, tampoco pasa nada porque yo esté juzgándome a mí misma y anticipando la tarde con Ana en lugar de prestar atención al profesor: resulta que estamos dando otra vez el rollo ese del asesinato del archiduque de Austria, cuya muerte he estudiado como diez veces en lo que llevo de vida.

Terminan las clases de hoy, así que allá que vamos, juntas a nuestra pequeña velada del desencanto mutuo definitivo, o eso espero –¿o quizás no?–. Afuera llueve y hace un frío de mil demonios. Ana camina a mi lado sin parar de hablar y cada dos minutos o me da con su paraguas porque no sabe sujetarlo o bien lo sujeta de tal manera que me cala desde el hombro hasta las rodillas con las gotas.

–¡Joder tía! –exclamo cansada–. ¿Quieres sujetar eso mejor?

–Ay, perdona... Espera –cierra su paraguas, me lo da y se pega a mí–. Así arreglado. Eres más alta así que te toca llevarlo a ti, porque como lo coja yo tendremos el mismo problema.

–Ah... qué lista –la miro antes de preguntar–. Mmm... Esto... ¿lo de estar conmigo no te traerá problemas?

–¿Me los vas a dar tú?

–Ya sabes de lo que hablo. De hecho, lo digo más bien por si esto me puede traer problemas a mí. Cristina es un poco territorial con sus cosas,

y eso te incluye a ti –explico.

–No es... bueno, da igual –dice encogiéndose de hombros–. Ella tampoco lo tiene fácil, ¿sabes?

–¿Ah, no? –bufo–. ¿También la miran con asco por los pasillos o le organizan quedadas para machacarla a la salida? No me había dado cuenta. ¿Sabes que hay días que ir al instituto me da tanta ansiedad que sudo hasta en puto invierno y que enfilo el camino a clase con la vista clavada en el suelo para no ver nada más? Es como... una fobia. De la cual no te puedes escapar, a la cual tienes que ir cada día, y no mejora –explico, sin saber muy bien porque cojones he dicho esto. De verdad que no busco su compasión.

Ella me mira con gravedad y algo apenada; entonces hace algo rarísimo y rodeándome con el brazo musita:

–Irás mejor.

Entramos al bar y ella va a la barra a pedir: dos coca-colas y dos sandwiches primavera o algo del estilo. Todavía no sé qué hacemos aquí. Sigo pensando que se ha metido en un curso avanzado de Ética y está... no sé qué está haciendo. ¿Prácticas?

La verdad es que desde que aquella mañana me fui de su casa bastante apresuradamente y sin tan siquiera despedirme, no hemos hablado mucho más allá de saludos y algún que otro tema intrascendente de clase; quizás por eso lo primero que hace es preguntarme por cómo me fue al volver a casa y si coló o me pillaron.

–Bueno... no coló –admito–. No tienen la seguridad de que acabé comatosa y arrastras, pero lo de tener un corte y un moratón en la cara no ha ayudado mucho.

–Lo tienes mejor –dice acariciándome la mejilla–. Te cargaste el retrovisor de un coche, por cierto.

–¿En serio?

–¡Sí! Miriam estaba fascinada: casi se lo lleva de recuerdo a casa.

Nos quedamos unos momentos calladas, por, me temo, no tener nada que decirnos. Sí es que esto estaba abocado a ser un aburrimiento incómodo para las dos. Entonces ella se muerde el labio, pensativa, y nos quedamos un rato mirándonos en silencio, hasta que a ambas nos resulta incómodo y apartamos la mirada casi al mismo tiempo. Menuda tontería, la verdad. Sin embargo, parece que con ella los silencios no duran mucho porque

siempre se encarga de romperlos.

-Te vi el otro día con una chica en el parque -comenta.

-Ah, era Claudia. Vamos a clase de baile juntas, ya sabes. Ahí no me odian ni me escupen por lo pasillos y puedo ducharme con la tranquilidad de encontrar la ropa dónde la dejé.

-¿Es tu novia? -pregunta sin más, ignorando mi infantil pulla.

-No. No es mi novia -contesto bastante extrañada por la pregunta-. ¿Por qué lo dices?

-No sé, me dio esa impresión -explica-. ¿Te gustan las chicas de verdad?

-¿Las chicas de verdad? No, sólo las sintéticas -bromeo. Ella se ríe y yo también.

-No, va, en serio.

-Sí. ¿Por qué te interesa tanto?

-Es por hablar de algo. Es que tú no me preguntas nada -arguye.

-No sé qué quieres que te pregunte, Ana.

Ella se muerde el labio otra vez y se queda mirándome. ¿Podría no hacer eso, por favor? Trago saliva y digo:

-A ver... ¿A ti qué te gusta hacer a las tardes y eso?

Joder... Por lo visto le gusta hacer de todo y no hay quien la pare: tocar la guitarra, escribir canciones, ir a la bolera, al cine, cocinar postres, soltar a sus periquitos en la habitación, andar en bici, patinar, salir de fiesta, montar a caballo, sentarse en un banco sin más con una bolsa de golosinas y hablar horas, ver anochecer, pasear con su padre, ir a mirar libros y discos a FNAC y un sinfín de cosas que me cuenta ilusionada.

-Vaya... -eso es todo lo que digo. Sí. Aplausos para mi elocuencia, por favor.

-Bueno, ahora ya tienes montones de opciones para la próxima vez que quedemos: algo de todo eso te tiene que gustar a ti también -dice convencida.

-Claro. Algo se me ocurrirá.

Ella mira su reloj y dice que tiene que irse, así, de pronto y sin previo aviso. Se despide dándome un beso en la mejilla y se va.

Esto es raro. ¿A qué es raro?

Yo también vuelvo a casa: tengo un comentario de texto que hacer sobre la muerte del condenado duquecito de marras.

Pero esto es raro. Ella es rara, aunque al final va a resultar que no está de todo mal la chavala. Que venga alguien y me lo explique. Y lo del archiduque también, ya que estamos.